

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL*

Julio Seoane

Universidad de Valencia

RESUMEN

En este artículo se analiza el debate de la crisis del Estado del Bienestar, que comienza a plantearse desde los años 70. Las nuevas sociedades y democracias están exigiendo y necesitando una reconfiguración de la intervención social del Estado. Aunque entre el modelo americano de *acción social* y el modelo europeo de *intervención social* parece triunfar el primero, todos los intentos de reformulación están marcados por una cierta patología social: el futurismo, actuar sobre el presente social mediante las características de un futuro incierto. El futurismo como dimensión política generalizada está provocando la reconversión de muchas de nuestras instituciones y estilos de vida, y está originando cierta inestabilidad de consecuencias imprevisibles. Si el miedo a la libertad fue la preocupación de los años 30 y 40, el miedo a la realidad debe ser nuestra preocupación de final de siglo.

ABSTRACT

This paper analyzes the controversy of the Welfare State crisis, which began to emerge during the 70s. The new societies and democracies are demanding and requiring a rebuilding of the social intervention of the state. Although the American model of *social action* seems to triumph over the European model of *social intervention*, all efforts at reformulation point to one social pathology: the futurism, to act on the social present by means of the characteristics of an uncertain future. Futurism as a generalized political dimension is stimulating the reconstruction of many of our institutions and life styles, and it is creating a certain instability of unpredictable consequences. If the escape from freedom was the concern of the 30s and 40s, escape from reality should be our concern at the century's end.

Planteamiento

Sería conveniente tener presente, desde el primer momento, que los términos iniciales que constituyen el punto de arranque de este escrito son absolutamente equívocos y de tendencia conflictiva en los tiempos actuales; «política social», «bienestar social», «calidad de vida», «intervención so-

* Conferencia presentada en las I Jornadas Internacionales sobre Política Social y Calidad de Vida. Diputación Provincial de Granada. Marzo de 1994.

cial» y algunos otros semejantes, son todos ellos discutibles e interpretables según posturas y según planos de discusión, desde el histórico, el político, el que se piensa científico, el técnico, hasta el religioso o el intelectual en general. Y esto es así porque todos ellos forman parte de un polémico intento de diagnóstico de los problemas de la sociedad actual. No parece aconsejable tener en cuenta al mismo tiempo todos los matices y aspectos mencionados y, en consecuencia, en cada momento tomaremos la opción más conveniente para el desarrollo de nuestros argumentos, que no pretenden otra cosa que intentar clarificar algunos puntos destacados dentro del griterío actual sobre las nuevas sociedades y su futura orientación; y aún esto, dentro de una cierta perspectiva global, la propia de la psicología política entendida en su sentido más amplio.

El problema inicial es muy conocido y consiste en valorar lo que se viene llamando política de bienestar social; un problema que se debate desde hace ya varias décadas pero que en los últimos tiempos adquiere un colorido dramático y urgente. La intervención del estado para asegurar el bienestar de sus ciudadanos tiene una historia relativamente larga, pero a efectos prácticos se puede decir que es un producto típico de la II Guerra Mundial; entiéndase, del esplendor y ostentación económica producida inmediatamente después de esa guerra. Las razones que llevaron al Estado a intervenir socialmente para garantizar unos mínimos de seguridad y bienestar en sus ciudadanos son múltiples y complejas, pero algunas son muy evidentes desde nuestra perspectiva; por ejemplo, era una buena estrategia para intentar debilitar el movimiento de la clase trabajadora y de las tendencias socialistas, especialmente en aquellos tiempos de guerra fría; por otro lado, el crecimiento económico exigía una redistribución aunque sólo fuera de carácter residual, es decir, lo que a veces se llamó capitalismo del bienestar.

Se interprete como se quiera, lo cierto es que la intervención social entendida como bienestar asegurado por el Estado se desarrolla por los años 50, tiene su esplendor en los 60 y comienza su crisis a partir de la década de los 70. Esta década está abarrotada de acontecimientos, insinuaciones teóricas y sociales, planteamientos que tendrán repercusiones en el futuro y crisis todavía no resueltas; es evidente que son unos años que todavía no están bien estudiados, donde lo más visible —y no está claro que sea lo más importante— es la crisis del petróleo y su paralela económica. Por múltiples razones, la intervención del Estado se pone en cuestión, pero la memoria social ya no está dispuesta al olvido y las reivindicaciones alcanzadas no se consideran algo negociable. Cuando el olvido ya no es posible, y este era el

caso, siempre se ponen en movimiento otras estrategias como por ejemplo la reinterpretación de los acontecimientos (el psicoanálisis fue pionero en sistematizar esta técnica, aunque principalmente en la memoria individual). Y en esas estamos ahora, en reinterpretar lo ya conseguido, en volver a entender el estado de bienestar, en reconfigurar la intervención social desde otros puntos de vista más acordes con los nuevos tiempos, con las nuevas sociedades, con las nuevas democracias. Si en ciertos momentos, lejanos ya, se pretendió divorciar el bienestar social de la política económica, nuestro tiempo ha puesto en movimiento y con cierto éxito una especie de terapia de pareja, que no acaba de arreglar las cosas pero que las complica lo suficiente como para olvidar algunos logros de épocas consideradas ya como románticas.

Nuevos Argumentos sobre la Intervención Social

Al margen de razones estrictamente económicas –las aparentemente insufribles cargas económicas de la intervención estatal– ¿qué otros argumentos se esgrimen contra la intervención y el bienestar social? Lo cierto es que las posturas a favor de una mayor intervención o a favor de una menor intervención –en el ámbito de nuestra discusión– siempre fueron específicamente relativas; es decir, nunca tuvieron una correlación estable con las posiciones políticas usuales, como por ejemplo la izquierda y la derecha. En concreto, a finales del siglo XVIII y sobre todo durante el XIX, se luchaba contra la intervención del Estado en la medida en que este representaba todavía los intereses del antiguo orden o, si se prefiere, a la aristocracia terrateniente; sin embargo, a medida que la clase trabajadora fue tomando fuerza al igual que sus partidos políticos representativos, entonces se luchó por una mayor intervención del Estado a favor de garantizar una mayor igualdad y, principalmente, un mayor bienestar social. En las últimas décadas, parece que el péndulo vuelve a cambiar su inercia pero posiblemente por razones distintas y nuevas.

Existe tal cantidad de análisis sobre el carácter progresista o conservador de la intervención estatal que resulta bastante inútil cualquier intento de síntesis, pero vamos a destacar aquí algunos argumentos que son cercanos a nuestro ámbito psicológico y social, y que se pueden encontrar representados en muchos autores actuales (por ejemplo, Inglehart, 1990). En primer lugar, se argumenta mucho que la recesión actual del estado de bienestar se debe, en parte al menos, a que está «hundido por el éxito» si se me permite la expresión; consideran estos autores que la intervención del Estado para asegurar un mínimo de bienestar y seguridad en una parte importante de los

ciudadanos ha tenido el éxito suficiente, sobre todo en la segunda mitad de este siglo, como para hacer desaparecer o al menos atenuar viejas tensiones, injusticias insufribles e inestabilidades sociales peligrosas. Pero a cambio de este relativo éxito se produce, por un lado, una presión económica creciente sobre la sociedad que difícilmente se puede continuar soportando y, por otro, surgen nuevas necesidades por parte de los ciudadanos que contradicen las tendencias intervencionistas clásicas del Estado, como por ejemplo su autoridad y legitimidad frente a la autonomía e independencia de cada uno.

Otro conjunto de argumentos apuntan hacia los cambios que se han producido en el mundo del trabajo, la productividad y la educación correspondiente a esta nueva situación. Si la intervención clásica del Estado era necesaria y suficiente para *ordenar* el trabajo industrial, para *orientar* las necesidades productivas y para *legislar* las necesidades paralelas del ámbito educativo, las nuevas sociedades actuales (se denominen post-industriales, de servicios, post-modernas o como se prefiera) se sienten frenadas y casi paralizadas por esta misma intervención. Las nuevas exigencias son, por ejemplo, creatividad, innovación, flexibilidad, fragmentación, etc., todas ellas difíciles de racionalizar por las instituciones tradicionales del Estado. La situación es similar a la crisis de la ciencia de los años 60; después de exigir a los científicos seriedad, racionalidad y rigor metodológico, los gobiernos se encontraron con magníficas demostraciones científicas pero con pocas cosas nuevas que demostrar; fue entonces cuando se puso de moda la creatividad y la innovación en la formación de los futuros científicos.

También se ponen con frecuencia de manifiesto, además de las tendencias anteriores, dimensiones sobre el *cambio cultural* que se está produciendo en nuestras sociedades y que se adapta con dificultad a la autoridad e intervención del Estado. Las nuevas generaciones, dicen estos autores, tienen como punto de partida unas seguridades físicas, sociales y políticas que a principios de siglo se consideraban como ideales utópicos; esto genera unas actitudes y orientaciones hacia la vida todavía poco estudiadas, pero que sin duda facilitan la realización de nuevas experiencias, el abandono de viejos refugios de seguridad (la familia clásica, el consuelo tradicional religioso, etc.) y la aparición de nuevos problemas.

Hemos llegado a un punto en que ya se hace necesario descubrir algunas trampas argumentales. Cuando se habla de «intervención social» y de «bienestar social» a nadie se le ocurre pensar que cualquiera de las dos cosas no sean absolutamente necesarias en las sociedades actuales; lo que se está poniendo en cuestión es si lo debe hacer el Estado, centralizando las

fuerzas y recursos de toda la sociedad, o por el contrario son tareas propias de cada uno, de lo que a veces se llama sociedad civil; en cualquier caso, acciones descentralizadas del Estado. El problema radica, por tanto, en quién debe realizar esa labor; nadie duda en la conveniencia de realizarlas. Bajo este punto de vista, muchos de los argumentos anteriores son equívocos y adquieren un sentido distinto. Pero, por encima de todo, ya no resulta tan fácil convencernos de que es un problema nuevo propio de las sociedades industriales avanzadas; es un antiguo dilema que comienza en tiempos de la Revolución Francesa y que enfrenta al modelo europeo con el americano, y que, por supuesto, se agrava especialmente después de la II Guerra Mundial. Veamos algunas razones ya esgrimidas hace más de 150 años.

En 1840, Alexis de Tocqueville escribe en *La Democracia en América* que «entre los americanos, la fuerza que administra el Estado está menos reglamentada, es menos culta, menos sabia, pero cien veces mayor que en Europa. No hay otro país en el mundo donde los hombres hagan, en definitiva, tantos esfuerzos para crear el bienestar social» (I, 102). Se contraponen aquí los dos modelos, y se inclina ya la balanza por el bienestar social americano; pero no es un problema simplemente geográfico, sino que existen unas razones muy finas que empujan con determinación el juicio de Tocqueville, razones que parecen estar a la moda actual.

«¿Qué me importa, al fin y al cabo, la existencia de una autoridad que vele en todo momento por que mis placeres sean tranquilos, que vaya delante de mis pasos apartando los peligros sin que yo tenga ni que pensar en ellos, si esta autoridad, al mismo tiempo que me evita hasta las menores espinas en mi camino, es dueña absoluta de mi libertad y de mi vida; si monopoliza el movimiento y la existencia hasta el punto de que todo languidezca a su alrededor cuando ella languidece, que todo duerma cuando ella duerme, que todo perezca cuando ella muere?» (I, 103).

Opiniones como esta están recogidas en las memorias electrónicas de los más modernos computadores que controlan las últimas encuestas y sondeos de las últimas generaciones de nuestras sociedades. Psicólogos y sociólogos se admiran ante la "novedad de este fenómeno generacional" y emplean enormes recursos en investigar sus causas. Lamento recordarles que no es nuevo, que ya estaba planteado, que está en los orígenes de la

democracia moderna y anida especialmente en el modelo americano. ¿Por qué en el Americano y no en el Europeo? Veamos las razones de esta psicogeografía de la intervención social:

«Existen naciones en Europa donde el habitante se considera a sí mismo como una especie de colono indiferente al destino del país en que habita. Los mayores cambios sobrevienen en tales países sin su intervención; ni siquiera sabe con exactitud qué ha ocurrido; sospecha lo sucedido si oye comentarlo casualmente. Y más aún, la riqueza de su pueblo, la vigilancia de su casa, el estado de su iglesia y de su presbiterio no le conmueven; piensa que todas esas cosas no le atañen en modo alguno, y que afectan a un extraño poderoso que llama gobierno. Piensa que goza de esos bienes en usufructo, sin los intereses del propietario ni idea alguna de mejora. Este desinterés por sí mismo va tan lejos que si su propia seguridad, o la de sus hijos, llega a verse en peligro, en lugar de intentar alejarlo se cruza de brazos esperando que la nación entera acuda en su ayuda. A este hombre, por lo demás, aunque haya hecho tan completo sacrificio de su libre albedrío, tampoco le gusta obedecer. Se somete, cierto es, al capricho de un funcionario, pero se complace en desafiar a la ley, como hace un enemigo derrotado tan pronto como la fuerza de ocupación se retira. Por eso le vemos siempre oscilar entre la servidumbre y el libertinaje» (I, 103).

¿A qué países de Europa hace referencia? ¿En qué países de la Europa actual existen esos colonos indiferentes al destino del país en que habitan? Mejor no señalar y además tampoco es nuestra tarea en estos momentos. Lo que deseamos destacar aquí es que en la argumentación de Tocqueville encontrarían una buena inspiración muchos políticos actuales para argumentar en contra de la intervención del Estado y a favor de la necesidad de fortalecer a la sociedad en la búsqueda de su propio bienestar social. Pero no debemos perder de vista un importante indicio histórico: este empuje hacia un bienestar social descentralizado se pretende desde, por lo menos, mediados del XIX y no resulta muy evidente el resultado final de esa pretensión en Europa. Veamos algunos desarrollos teóricos que intentaron fomentar este modelo americano desde un punto de vista académico.

Las aportaciones psicológicas y sociales

Ese país donde los hombres, según Tocqueville, hacen tantos esfuerzos para crear el bienestar social, es también uno de los países industrializados que más se retrasó en poner en marcha los procedimientos formales del Estado de bienestar. Y esto no es contradictorio, sino que se ajusta escrupulosamente a los diagnósticos del autor de *La Democracia en América*; no se espera la intervención de una autoridad social, sino de la sociedad en tanto que sistema comunitario.

Inglaterra es una de las primeras en luchar contra la injusticia social generada por el industrialismo. En 1601 existía ya una *Poor Law*, revisada en varias ocasiones, y que en 1905 tuvo un replanteamiento general; la *National Insurance Act* de 1911, elaborada entre otros por W.H.Beveridge, incluía ya el seguro de desempleo y enfermedad. En 1946 se produce otra reforma que produce las leyes sobre el *Servicio Sanitario Nacional* y el *Seguro Nacional*. En Alemania, por otro lado, existía un sistema nacional de seguros sociales desde 1880, inspirado por la política de Bismark, que fue ampliada y reformada después de la I Guerra Mundial.

«En los años treinta solo Estados Unidos, entre los países implicados en la revolución industrial, seguía sin un programa general de seguridad nacional. [...] Fue necesaria la gran depresión, que forzó a millones de trabajadores deseosos de trabajar a una ociosidad prolongada y planteó la sorprendente paradoja de la miseria masiva en medio de la abundancia potencial, para estimular al país a la acción» (H.G.Girvetz, 1968).

La gran depresión, la preocupación por el desempleo y por unos profesionales inermes ante los desajustes sociales, radicalizó las posturas políticas de muchos especialistas en ciencias sociales, incluyendo a los psicólogos que, al margen de las instituciones académicas (casi podríamos decir que en contra de ellas), fundaron la *Sociedad para el Estudio Psicológico de los Problemas Sociales* (SPSSI), uno de los primeros esfuerzos conjuntos para producir cambios sociales desde una perspectiva psicológica (Stone, 1981). Comienza entonces una persecución insaciable de procedimientos más o menos técnicos para conseguir una sociedad activa en la búsqueda de bienestar social; mencionaremos aquí, a modo de ilustración, tres grandes modelos que se corresponden con tres épocas distintas: la *psicología comunitaria*, las *redes de apoyo social* y la *cultura cívica*.

Psicología Comunitaria

La prehistoria de lo que más tarde se llamó psicología comunitaria se desarrolla por los años 60 y tiene como uno de sus hitos originarios el mensaje del presidente Kennedy al Congreso sobre el problema de la salud mental (Kennedy, 1963). La consecuencia de esta preocupación presidencial fueron los Centros de Salud Mental Comunitaria; después del asesinato de Kennedy este movimiento se fundió con otros también de carácter social, como el de derechos civiles y los programas de lucha contra la pobreza. Con este marco de referencia, un grupo de psicólogos se reúnen para considerar estas nuevas tendencias y surge entonces el término de «psicología comunitaria» (Bennett, Anderson, Cooper, Hassol, Klein y Rosenblum, 1966).

La década de los años 70 es la época de expansión y auge de la psicología comunitaria; se puede decir que es su momento adecuado. Comienza entonces una nueva dificultad económica, representada inicialmente por la crisis del petróleo; surgen los planteamientos sobre la sociedad post-industrial y su futuro (Bell, 1973); se habla de una *revolución silenciosa* en los valores culturales de las nuevas generaciones (Inglehart, 1977). Se inician los problemas serios del Estado de bienestar y se cuestiona la posibilidad de una intervención estatal continuada y progresiva. En respuesta a estos problemas, la psicología comunitaria se define, según Philip A. Mann (1981), como el análisis y la solución de problemas de los sistemas sociales; se interesa por los problemas humanos que pertenecen a los sistemas sociales comunitarios, como por ejemplo la salud mental, las relaciones humanas, la justicia social, la política social y la adaptación social. Añade que la psicología comunitaria reconoce explícitamente a los miembros de la comunidad como participantes, colaboradores y evaluadores en los procesos de solución de problemas; es decir, no los considera «colonos indiferentes al destino del país en que habitan». Dicho de otra manera, la psicología comunitaria pone el conocimiento y las técnicas para solucionar los problemas, pero la intervención concreta y real pertenece a los interesados.

Este modelo de intervención social es típico de los años 70, en la medida en que intenta compaginar, por un lado, el empuje y la preocupación del estado o la institución (por ejemplo, el mensaje de Kennedy al Congreso) y, por otro, la responsabilidad del ciudadano para alcanzar el bienestar (es cuando se pone de moda la «calidad de vida» frente al viejo concepto de «nivel de vida»). A comienzos de los años 80 los problemas se aceleran de

tal modo que el modelo comunitario resulta corto, ingenuo, algo paternalista, adecuado quizá para las sociedades todavía por desarrollar, pero impropio para el occidente de la «perestroika».

Redes de apoyo social

Por supuesto que no es nueva la creencia de que las relaciones interpersonales pueden suavizar los efectos perjudiciales que producen algunos acontecimientos vitales estresantes. De alguna forma lo planteó Durkheim cuando habló de la pérdida de integración como factor explicativo del suicidio; o la Escuela de Chicago, bajo otros supuestos, con su concepción de la desintegración social. Pero la importancia del apoyo social, en concreto, lo planteó John Cassel (1974), médico epidemiólogo que se preocupaba por la importancia de las relaciones interpersonales para favorecer la salud. Por la misma época, Gerald Caplan (1974) recoge el concepto de apoyo social y lo amplía a otros terrenos: ayudar a la gente a movilizar sus recursos psicológicos para tratar con problemas emocionales, compartir trabajos, ayudar a proporcionar dinero, materiales, instrumentos, destrezas, información, consejos, etc.

Algunos de los autores que en los años 70 se dedicaban y creían en la psicología comunitaria, se pasan en los 80 al modelo de las redes de apoyo social, un modelo más sensible a la nueva época y a sus consignas de «solidaridad» y de mercado libre. Las redes de apoyo social son consistentes con aquel clima político (Brownell y Shumaker, 1984) que intenta animar a las personas para que se ayuden entre sí, en lugar de esperar soluciones del estado.

Las dificultades por las que atraviesa el concepto y la metodología de las redes de apoyo social son múltiples y variadas; entre otras que, al igual que otras instituciones sociales, son útiles para lo bueno y para lo malo. Pero lo que nos interesa aquí es que los finales de los 80 y comienzos de los 90 no son tiempos que faciliten ni el apoyo social ni la solidaridad; el aumento de la crisis económica, el comienzo de fuertes migraciones del este y del sur con sus secuelas de racismo y marginación, la amenaza del SIDA y la desconfianza política, entre otros factores, pueden hacer desear determinadas virtudes sociales, desde luego, pero no facilitan su aparición ni su credibilidad. El comienzo de la década de los 90 insinúa que los problemas radican en la mente de los hombres y en su cultura, en sus opiniones, sus creencias, sus actitudes, sus valores; son estos elementos cognitivos los que deben centrar nuestra atención, pues si conseguimos orientarlos, guiarlos,

encauzarlos, parte de los problemas nuevos que nos amenazan reducirán su fuerza y las sociedades serán más estables.

La Cultura Cívica

Y este nuevo ambiente, en el que nos encontramos hoy, encaja a la perfección en el clásico concepto de cultura política y en el más reciente de cultura cívica, revitalizados en la actualidad ante la búsqueda desesperada de una sociedad que solucione sus propios problemas sin recurrir especialmente a las instituciones del estado.

La noción de cultura política tiene viejas raíces en el estudio de las diferencias políticas nacionales, en la antropología y en la psicología social; pero su desarrollo, crítica e inicial decadencia se produce en la década de los años 60. L.W.Pye (1968) la define como el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político; pero en realidad fueron G.A.Almond y S.Verba en 1963 quienes desarrollan el concepto bajo la perspectiva de la «cultura cívica», una especial combinación de creencias y actitudes que favorecía el desarrollo y estabilidad de las sociedades democráticas, combinación que florecía con mayor fuerza en la cultura anglosajona en comparación con las demás. Las críticas teóricas, metodológicas y también las ideológicas hicieron tambalear estas investigaciones, que moderaron su ímpetu a finales de esa década.

Los comienzos de los años 90 significan, sin embargo, un auténtico renacimiento para la cultura política y para algunas versiones refinadas de la cultura cívica. El derrumbe total de la ideología comunista y de las sociedades asociadas con esa ideología significó, entre otras muchas cosas –algunas de las cuales están todavía sin explorar–, que ya no era fácil defender que los problemas sociales se originan exclusivamente en la estructura social y que, por tanto, las soluciones deben buscarse en los programas de gobierno. De otra manera, reaparecen de nuevo las tendencias que conceden importancia a las actitudes, a las creencias, en general, a la cultura como un factor explicativo de la sociedad y sus problemas. Inglehart es un claro ejemplo de este renacimiento; en 1990 escribe:

«La satisfacción vital, la satisfacción política y la confianza interpersonal, altas tasas de discusión política y el apoyo al orden social existente, tienden a aparecer juntas: constituyen un síndrome

de actitudes positivas ante el mundo en el que se vive. Y este síndrome parece ir unido a la viabilidad de las instituciones democráticas»

Estas son las creencias y la cultura de unos colonos *que no son indiferentes* al destino del país en que habitan; estos son también los «hábitos del corazón» que defiende Tocqueville en la democracia en América. ¿Qué me importa la existencia de una autoridad que vele por los ciudadanos si estos poseen ya el síndrome de la cultura cívica?

Ante el inicio de crisis del Estado de bienestar que se produce por los años 70, las ciencias sociales responden con una psicología comunitaria que intenta estimular la reacción de los ciudadanos ante los problemas planteados. En la década de los 80 se recurre directamente a las redes de apoyo social como organizaciones secularizadas que proporcionan ayuda, consuelo, comprensión y misericordia. Los años 90 nos sorprenden con un mundo sin «el otro bloque», por tanto, con un nuevo orden, con todas las fuerzas de persuasión sin limitación externa; en consecuencia, es una reorganización cognitiva la que se necesita y reaparece así el factor cultural, a veces como cultura global, otras como consumo cultural «prêt à porter», pero siempre cívica, siempre como síndrome positivo de unas sociedades en plena crisis de bienestar estatal.

El Futurismo y sus contradicciones

Hasta ahora hemos visto que la intervención social se relaciona con el Estado de Bienestar y con su crisis, desde que en los años 70 se producen los primeros síntomas de cambios sociales, económicos y políticos. Se desconoce todavía la forma de resolver esa crisis, pero empieza a vislumbrarse la firme convicción de que no hay vuelta atrás; es decir, lo único relativamente claro es la desintegración del modo de vida típico del resurgir de la postguerra. La reinterpretación necesaria de esta nueva situación nos enfrenta de nuevo a los dos caminos de desarrollo social que representan la vieja Europa y la democracia americana; entre la intervención social europea y la acción social americana, las ciencias sociales se han decantado por la última produciendo modelos de estimulación social que han tenido hasta la fecha un resultado dudoso en Europa y algo más positivo en América, pero esto por razones más de principios que de eficacia.

Los intentos más potentes que se realizan en la actualidad para señalar una salida a la crisis apuntan hacia un estilo de reinterpretación social que

podría denominarse futurismo; al igual que la historia se reinterpreta para ajustarla a las necesidades del presente, el futuro adquiere tintes justificativos para las sociedades en crisis. Algunos autores piensan, por ejemplo, que el futurismo electrónico llena un vacío ideológico al ofrecer una salida potencial para los males del presente. Bajo este punto de vista, se puede considerar al futurismo como una actitud, como un gesto, como un intento de evadirse del presente dando un salto a las tinieblas de un desconocido futuro, en palabras de Toynbee; el arcaísmo sería la actitud contraria, el intento de evadirse de un presente intolerable reconstruyendo una fase anterior de la vida de una sociedad en desintegración.

Al margen de algunas opiniones superficiales, existen en la actualidad pocos intentos arcaizantes para solucionar la crisis del bienestar; hasta el proyecto de una sociedad de derechas recurre al postindustrialismo, principalmente elaborado a la americana:

«Aquellos teóricos que dan la bienvenida a este tipo de transformaciones y que apuntan al modelo americano (sindicatos débiles, ausencia de partidos socialdemócratas y de una regulación creciente, una pluralidad de movimientos sociales y empresas privadas innovadoras) tienden a guardar silencio sobre las pobres prestaciones de bienestar social, los grandes guetos urbanos y las manifiestas formas de desigualdad, corrupción, violencia y mercantilización existentes en los Estados Unidos, por no hablar de la masiva explotación de otros países y del apoyo a los regímenes políticos más brutales, desde El Salvador hasta Corea del Sur» (Frankel, 1987).

El futurismo, por tanto, es la actitud política más generalizada de los tiempos actuales, ya sea en los análisis sociales más a la derecha o más a la izquierda, por utilizar unos términos conocidos pero especialmente ambiguos. Podemos delimitar, en consecuencia, dos notas muy características de la dimensión política de la intervención social: primera, que la intervención social tiende a interpretarse como acción social no gubernamental, al estilo americano; y segunda, que esa acción social que se utiliza para enfrentarse a la crisis del Estado de bienestar aparece siempre configurada y amparada por las presiones del futuro. Pero ese salto hacia el futuro, por muy necesario e inevitable que sea, es un salto hacia lo desconocido y engendra múltiples posibilidades que enfrentan a los futuristas entre sí. En nombre del futuro se planifica y reconvierte la sociedad actual, pero el futuro es un cúmulo

lo de contradicciones defendidas por distintas tendencias actuales, lo que hace sospechosa cualquier intervención social.

Bajo este punto de vista se puede decir que las contradicciones del futurismo constituyen el rasgo más notable de la dimensión política de la intervención social. Boris Frankel (1987), por ejemplo, intenta resumirlas a través de los siguientes predicciones conflictivas:

- 1.- mayor integración supranacional o mayor autosuficiencia;
- 2.- centralización o descentralización;
- 3.- planificación estatal o mecanismos de mercado, intercambio no monetario y otros mecanismos de coordinación;
- 4.- ecopacifismo o sistemas de defensa defensivos;
- 5.- estructuras jurídicas y políticas nacionales y regionales o formas de democracia directa, a pequeña escala y sin estado;
- 6.- un nivel de vida homogéneo o subsistencia de las diferencias Norte-Sur;
- 7.- realización de la tradición humanista y racionalista o una mayor afinidad con valores culturales espiritualistas, irracionalistas y naturalistas.

Cada una de estas alternativas es posible, tiene defensores y constituye por sí misma un problema de amplia discusión, con repercusiones para la intervención actual en política social y en calidad de vida. ¿Cuáles serán las alternativas dominantes en el futuro, y cómo podríamos conocerlas para poder así planificar el presente? Y si no es posible predecirlas con un mínimo de probabilidad, ¿cómo es posible apoyar a gobiernos y partidos políticos en unas transformaciones de la sociedad actual justificadas en un futuro incierto? Merece la pena acercarse un poco más a estas contradicciones del futurismo, por lo que comentaremos a continuación algunos contextos sociales concretos donde se manifiesta especialmente la actitud futurista.

Educación

Con frecuencia se justifican profundas transformaciones educativas en función de la necesidad de una nueva educación. Es necesario preparar a nuestros ciudadanos, se dice, para que se conviertan en estudiantes de por vida, para que adquieran un alto nivel de destrezas en su actuación y de eficacia en la comunicación. Esto incluye también dar preferencia a la creati-

vidad frente al formalismo, a la flexibilidad frente a la rutina, a la multiplicidad de roles cambiantes frente al desempeño permanente de papeles. Los planes educativos, en consecuencia, deben permitir que el estudiante pueda «navegar» a través de créditos, disciplinas y perfiles profesionales autoimpuestos. Y todo esto se defiende y se impone en virtud del futuro, bajo amenaza de no llegar preparados al futuro, de convertirnos en inadaptados y fracasados en comparación con «los otros».

Pero al mismo tiempo existen otras predicciones que entran en contradicción con las anteriores y que presentan un panorama distinto. La educación y el estudio del mañana, según parece, poco tienen que ver con el presente; «estudiar de por vida» significa renunciar a las instituciones clásicas de educación, que se limitaban a ejercer su función en determinadas etapas evolutivas; ni los formalismos, ni las etapas, ni los certificados deben constituirse en valores de la nueva educación. Se cree que el futuro demostrará que existe más conocimiento en una base electrónica de datos que en cualquier institución educativa o en cualquier profesor concreto. Por otro lado, cada día se confía más en que la educación de una sociedad depende de los medios de comunicación, de la alta tecnología de la comunicación, donde todo es accesible a todos y nadie se puede librar a su influencia.

Este futurismo educativo, contradictorio, ambiguo e inconexo, aunque siempre de alta tecnología, está generando en la actualidad profundas reformas educativas que nadie se atreve a rechazar por miedo a «contradecir al futuro».

Familia

Se piensa que una política estratégica familiar será absolutamente necesaria para la estabilidad de las comunidades y mucho más en la época de crisis del Estado de bienestar; una vez más llega la hora de la defensa de la familia. Pero entiéndase bien, de familias de todo tipo. Si por familia nuclear se entiende un marido que trabaja, una esposa y dos niños, resulta evidente que se está convirtiendo en el tipo menos frecuente. Por eso son tan importantes, cara al futuro, las nuevas definiciones y los nuevos modelos de la familia, que proporcionan un sentido de comunidad y que fomentan un modelo educativo adaptado a la diversidad cultural y a los cambios demográficos de la familia. La protección de nuevas y viejas formas de la familia se convierte en una necesidad de futuro.

Sin embargo, aunque es necesario y conveniente que evolucionen y cambien muchos de los conceptos que representan a los fenómenos sociales, también es necesario y conveniente que conserven alguno de sus atributos o rasgos para asegurar que estamos hablando del mismo fenómeno. De otra manera, resulta evidente que algunas de las llamadas «nuevas formas de familia» lo son exclusivamente en virtud del milagro nominalista. Resulta difícil elaborar una política de apoyo familiar si no se puede definir lo que se pretende apoyar.

En la medida en que se están produciendo cambios indudables en las estructuras familiares es necesario realizar una política adecuada; pero las actitudes futuristas pretenden obligarnos a decidir entre una protección generalizada a cualquier forma de «familia» o, como defienden otros futuristas, hacer que «la familia sea menos necesaria gracias al establecimiento de todo tipo de caminos alternativos para la satisfacción de las necesidades, caminos más sólidos y adecuados que los basados en el supuesto de la primacía de los lazos de parentesco».

Ciudades

El papel que deben jugar las ciudades en la nueva sociedad es uno de los ejemplos más claros de las contradicciones del futurismo. Las ciudades de hoy constituyen el símbolo viviente de la política de descentralización, de un nuevo tipo de federalismo. Las responsabilidades de la acción social y de los estilos concretos de vida están pasando de los gobiernos centrales a los estados, a las regiones, a las autonomías y, en última instancia, a las ciudades. Y todo ello implica más responsabilidades con menos recursos, una nueva consigna para una nueva época.

Las ciudades actuales están siendo influidas cada vez más por la economía internacional, por la necesidad del comercio exterior y también por la aparición de nuevas generaciones de inmigrantes que ponen de manifiesto una profunda diversidad cultural. Algunos autores afirman que las ciudades constituyen hoy día la cadena estratégica de la economía internacional, puesto que en ellas se detectan las nuevas oportunidades comerciales, la utilización de nueva tecnología y las nuevas estructuras de servicio.

Pero las ciudades tienen también otra cara y otro presente. Es en las ciudades donde se produce la mayor parte de la marginación, de la violencia y de la pobreza. Así como el campo pierde importancia política y social ante la ciudad, las ciudades compiten entre sí por adquirir mayores dimen-

siones en todos los aspectos; poco a poco son unas cuantas las que adquieren rango de ciudades mundiales, acaparando todo el poder y también toda la violencia y marginación. Algunos piensan que esas ciudades acaban aniquilándose a sí mismas; el último hombre de la gran urbe, dicen, no quiere ya vivir, se aparta de la vida, no como individuo, pero sí como tipo.

¿En nombre de qué futuro se puede planificar la ciudad actual, cuando es imposible predecir su evolución y transformación tanto en abstracto como en concreto, como ciudad mundial y como ciudad específica?

Nueva Política, Nueva Democracia

La necesidad de una nueva democracia, de un nuevo estilo de liderazgo y de un incremento de participación pública es una de las exigencias más ampliamente aceptadas por los futuristas. Lo difícil es concretar el contenido preciso de ese cúmulo de novedades. Se habla de conectar a los ciudadanos con los políticos, de implicar a los individuos en sus comunidades, de reforzar las dimensiones públicas de los problemas políticos; en definitiva, se pretende que los individuos actúen y colaboren como fuerzas de estabilidad dentro de sus familias, escuelas, negocios y ciudades. Los individuos deberán ampliar su esfera de actividad social y los gobiernos deberán limitarse a administrar los valores públicos. Y todo ello facilitado y potenciado por los medios de comunicación.

Resulta difícil entrar en contradicción con ese futuro, no por su carácter verosímil sino por su belleza y encanto; pero en realidad esa nueva política y esa nueva democracia suenan más a pensamiento desiderativo que a predicción acertada. Mientras tanto en casi todas las sociedades surge la preocupación por la apatía política y por la desconfianza en las instituciones; los expertos y la creencia en los técnicos se extiende como una nueva religión, y la estabilidad social se fragmenta en conflictos y en multitud de excluidos de la actividad social productiva.

Es bonito predecir que el marco conceptual del futuro debe de incluir una nueva infraestructura moral, basada en un mayor sentido de espiritualidad, responsabilidad cívica, obligaciones mutuas y moderación social; pero no es fácil advertir en la actualidad ningún síntoma relevante de ese futuro.

Nueva Infraestructura Moral

Cuando se piensa que hay que llegar a ser mejores administradores de nosotros mismos y de nuestro entorno, de nuestro ambiente, se está alu-

diendo también a la necesidad de producir nuevos valores; la renovación moral o el recurso a la ética es uno de los argumentos más utilizados en los replanteamiento de una sociedad futura. Tanto en la vida política como en la sociedad civil se experimenta cierto cansancio y desgaste producido por la corrupción en sus mil formas, por la tensión de los modos complejos de vida y por una motivación exagerada hacia el éxito fácil y la gratificación inmediata. El establecimiento de una nueva infraestructura moral se considera imprescindible si se pretende construir un futuro seguro para nuestras sociedades.

Los futuristas, sin embargo, no pretenden elaborar una gran moral; entendiéndose bien, la renovación ética no se postula como una reforma, ni como un movimiento puritano, tampoco como una nueva religión; es simplemente la necesidad de regular las emociones y comportamientos de unas personas confusas y cansadas ante la velocidad de los cambios sociales. Se pretende desarrollar una moral práctica, una teoría que ponga en orden la vida de los ciudadanos, una lógica del comportamiento ético.

¿Se puede confundir una ética práctica con una regeneración ética de la sociedad? ¿Es suficiente con plantearse la eutanasia, el aborto, la ingeniería genética, etc., como problemas de la vida actual o sería necesario volver a sentir la moral como una emoción básica de la existencia? ¿Tiene que estar la ética al servicio de la vida y de sus problemas o, por el contrario, es la propia existencia la que tiene que aplicarse a una moral superior? Es esta una de las polémicas más apasionantes de nuestros tiempos; pero es un debate sin líneas claras de solución, al menos de momento. Resulta difícil, por tanto, justificar un futuro por medio de las contradicciones éticas de la sociedad contemporánea.

La Dimensión Política del Futurismo

¿Cómo es posible buscar soluciones a la crisis del Estado del bienestar en función de un futuro lleno de contradicciones? La intervención social tiene que enfrentarse a los problemas reales que nos afectan, pero no es conveniente que planifique las soluciones en virtud de propaganda sobre el futuro, porque si ese futuro no se cumple a pesar de los esfuerzos, penurias y sacrificios realizados en su nombre, resultará difícil garantizar la estabilidad de las sociedades fracasadas.

La psicología ha intentado contribuir a la explicación parcial de los fenómenos sociales y políticos mediante el estudio de actitudes, creencias y valores que fundamentan ese fenómeno. Recuérdese, como un ejemplo típi-

co, el estudio del *autoritarismo* como una dimensión patológica que se extendió por Alemania en los años 30, hasta provocar la masacre y el genocidio como conducta social; al final de la II Guerra Mundial, Adorno y sus colaboradores (1950) interpretan el autoritarismo como un conjunto de actitudes y creencias, como una dimensión de personalidad, que convierte a las personas en sensibles a la propaganda fascista, a la sumisión, a la exaltación de la fuerza, etc.; es un intento de solución arcaizante ante los problemas presentes. El estudio del autoritarismo, sus orígenes y características, su prevención y sus posibles terapias, han constituido durante varias décadas un apasionante tema de estudio de la psicología política.

Pues bien, el *futurismo* podría también considerarse como una dimensión psicológica del comportamiento político, que se extiende progresivamente por nuestras sociedades, y que hace que las personas y también las instituciones sean muy sensibles a la propaganda de futuros inciertos, justificando así la persecución y reconversión de políticas sociales que hasta ahora eran más o menos aceptadas. No existen todavía muchos estudios sobre las actitudes y creencias que componen la dimensión del futurismo, pero en casi todos los trabajos sobre la sociedad post y sus escalas, cuestionarios y encuestas aparece algún aspecto de este síndrome (Lasch, 1979; Seoane y Garzón, 1989; Garzón y Seoane, 1991; Stone y Yelland, 1994). Aunque sólo sea de manera esquemática y rudimentaria, merece la pena comentar aquí algunas de las características más destacadas del *futurismo*, como por ejemplo:

- a) *escapismo*: deseo de escapar, de huir de la realidad actual y buscar soluciones en otro lugar; viajar continuamente, consumir cultura de otros lugares, corrientes continuas de comunicaciones, técnicas, comerciales, migratorias;
- b) *imitación y admiración por lo extranjero*: creer que las soluciones están siempre fuera de su propio país, de su comunidad, de su cultura; un especie de «xenofilia» que siente que el futuro está en el extranjero;
- c) *religiosidad como emoción*: buscar la tranquilidad y el sosiego en emociones religiosas, no especialmente institucionalizadas; pensar en el sentido de la vida, en la realización personal, en la armonía interna (*El Pequeño Buda*, de Bertolucci); pragmatismo ético;

- d) *rechazo de la historia*: desprecio por la memoria histórica, por el pasado familiar; planteamiento del fin de la historia, del último hombre; desinterés por los libros y por la cultura anterior (*Fahrenheit 451*, de Bradbury);
- e) *globalización*: eliminación de fronteras, culturas y diferencias; sensibilidad totalitaria en la medida en que el futuro repercute sobre todos los ámbitos sociales e individuales (Ibáñez, 1990);
- f) *tecnocracia*: sustitución de los políticos, de la cultura, de los ciudadanos por los expertos, en la medida en que el futuro es un asunto de altas tecnologías; creencias mágicas en las soluciones técnicas.

Sin duda alguna, deben existir más factores que expliquen los diferentes aspectos del futurismo, pero los mencionados componen el núcleo más evidentes de este síndrome social que estamos señalando. Es de esperar que estudios posteriores, tanto de índole teórica como de carácter empírico, irán ampliando el panorama de este tema como ocurrió en su momento con el autoritarismo.

Conclusiones

Es tiempo ahora de intentar establecer algunas consecuencias finales sobre el tema, por muy provisionales que quieran considerarse. La primera y más destacada consiste en afirmar que la dimensión política de la intervención social está fundamentalmente penetrada en los tiempos actuales por una patología social, el futurismo, que consiste en actuar sobre el presente social mediante las características de un futuro incierto. Esta tendencia, esta «enfermedad social» como dirían nuestros clásicos, está provocando una reconversión de una gran parte de nuestras instituciones y estilos de vida hasta el punto de originar cierta inestabilidad social de consecuencias imprevisibles.

En segundo lugar, es importante señalar el significado más inmediato de este futurismo; es decir, sus raíces en el malestar, descontento y desconfianza en nuestra sociedad tal cual es, indican un intento de evadirse del presente hacia un futuro desconocido. Desde una perspectiva social, los intentos de escapar del presente, ya sea hacia adelante o hacia atrás, casi siempre han tenido consecuencias violentas. El potencial violento del futu-

rismo y sus características específicas es otro de los temas que necesitan ser estudiados con cierta urgencia.

En tercer lugar, parece conveniente mantener que esta patología política no afecta por igual a todas las sociedades, como tampoco se manifiesta de igual manera en las áreas principales de nuestras comunidades culturales. No es lo mismo ni tiene las mismas consecuencias el *futurismo de estado* que el *futurismo civil*; es decir, los países con una tradición mayor de intervencionismo de Estado (principalmente europeos) se infectarán de futurismo a través de sus dirigentes que intentarán imponerlo mediante grandes acontecimientos de pretendido alcance histórico (conmemoraciones, eventos, reconversiones); el futurismo civil, por el contrario, se extiende principalmente entre los ciudadanos a través de las modas, de los medios de comunicación y de la necesidad de nuevas experiencias personales. Por otro lado, el futurismo se manifiesta de forma diferencial y con características propias en los distintos ámbitos y problemas sociales; así, se puede aislar un futurismo educativo, familiar, urbano, tecnológico, etc.; aunque cada uno es una variante del mismo fenómeno, tienen un desarrollo y una evolución específica.

Por último, al igual que se realizaron distintas propuestas, con más o menos éxito, para impedir el progreso y crecimiento de la personalidad autoritaria, también es conveniente empezar a planificar ciertas terapias (Galtung, 1991) para frenar o al menos moderar el futurismo. Para empezar, la crítica racional y sistemática siempre es una buena medida de higiene mental y social; frente a la justificación futurista es necesario exigir una mejor comprensión y una mayor verosimilitud de ese futuro, que con frecuencia se desvanece ante la más mínima interrogante. Pero además, es necesario mejorar las actitudes hacia el presente, hacia nuestra sociedad y sus instituciones; el presente es el único elemento imprescindible para construir el futuro y, por tanto, tiene que ser apreciado, valorado y perfeccionado; frente a la virtualidad engañosa del «reality show» es necesario contraponer no la apariencia, sino el «reality shock», el enfrentarse a nuestros problemas y necesidades con una mayor exigencia de realidad.

En cualquier caso, lo importante es aceptar la necesidad que tenemos de comprender nuestro presente, de no huir a nuestro tiempo, de enfrentarnos a nuestra circunstancia. Si el miedo a la libertad fue la preocupación y el tema de los años 30 y 40, el miedo a la realidad debe ser nuestra preocupación de final de siglo.

Referencias

- Adorno, T.W. et al. (1959): *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper and Row.
- Almond, G.A.-Verba, S. (1963): *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton University Press.
- Bell, D. (1973): *The Coming of the Post-Industrial Society*. New York: Basic Books.
- Bennett, C.C.-Anderson, L.S.-Cooper, S.-Hassol, L.-Klein, D.C.-Rosenblum, G. (eds) (1966): *Community psychology*. Boston University Press.
- Brownell, A.-Shumaker, S.A. (1984): Social Support. An Introduction to a Complex Phenomenon. *Journal of Social Issues*, Vol. 40, No. 4, pp. 1-9.
- Caplan, G. (1974): *Support systems and community mental health*. New York: Behavioral Publications.
- Cassel, J. (1974): An epidemiological perspective of psychosocial factors in disease etiology. *American Journal of Public Health*, 64, 1040-1043.
- Frankel, B. (1987): *The Post-Industrial Utopians*. Oxford: Blackwell.
- Galtung, J. (1991): ¿Existe una terapia para las cosmologías patológicas? *Psicología Política*, 3, 45-64.
- Garzón, A.-Seoane, J. (1991): Estructura del Espacio de Creencias. *Boletín de Psicología*, 32, 73-91.
- Girvetz, H.K. (1968): Estado de Bienestar. En D.L.Sills, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar, 1975.
- Ibáñez, E. (1990): Personalidad y Cultura. *Boletín de Psicología*, 29, 29-43.
- Inglehart, R. (1977): *The silent revolution. Changing values and political styles among Western publics*. Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1990): *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton University Press
- Kennedy, J.F. (1963): *Message from the president of the United States relative to mental illness and mental retardation* (88th Congress, First Session, United States House of Representatives Document No. 58). Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office.
- Lasch, Ch. (1979): *The Culture of Narcissism*. New York: Warner Books.
- Mann, Ph.A. (1981): Community Psychology. En S.L.Long (ed), *The Handbook of Political Behavior*, vol. 1. New York: Plenum Press.
- Pye, L.W. (1968): Cultura Política. En D.L.Sills, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar, 1975.
- Seoane, J.-Garzón, A. (1989): Creencias Sociales Contemporáneas. *Boletín de Psicología*, 22, 91-118.

Stone,W.(1981): Political Psychology. A Whig History. En S.L.Long (ed), *The Handbook of Political Behavior*, vol. 1. New York: Plenum Press.

Stone,W.-Yelland,L.(1994): Contemporary Social Beliefs. A comparative study of students in Orono and Valencia. *XVII Annual Scientific Meeting of de International Society of Political Psychology*.

Tocqueville,A.(1849): *La Democracia en América*. Madrid: Sarpe, 1984